



LA VIDA HISTÓRICA DE LAS FORTIFICACIONES DE CAMPECHE

Miguel Sánchez Lamego



V CENTENARIO

ENCUENTRO DE DOS CULTURAS
1517 • MÉXICO - CAMPECHE - ESPAÑA • 2017





BOLETÍN DE LA SOCIEDAD MEXICANA
DE
GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA

INSTITUCIÓN OFICIAL FUNDADA EN 1833.

INSTITUTO CAMPECHANO

**LA VIDA HISTÓRICA DE LAS FORTIFICACIONES
DE CAMPECHE**

ING. MIGUEL SÁNCHEZ LAMEGO

Láminas XXV-XXXIII
Páginas 305-333

LA VIDA HISTÓRICA DE LAS FORTIFICACIONES DE CAMPECHE

Diseño de Portada y Diseño Editorial:
L.I.D.G. GABRIELA GPE. CANABAL CANUL

1ª Edición, 2018

Derechos Reservados:

Instituto Campechano

Prohibida la reproducción parcial o total de la obra sin permiso del editor

ISBN: 978-607-97752-3-0

INSTITUTO CAMPECHANO

Calle 10 No. 357 Centro. C.P. 24000

www.instcamp.edu.mx

DIRECTORIO INSTITUCIONAL

Dr. Fernando Sandoval Castellanos

Rector

Lic. Juan Erasmo Tejeda Estrella

Abogado General

Ing. Abdier Roberto Cetina León

Director General de Planeación y Calidad

Mtro. Manuel Alvarado Álvarez

Director General de Estudios de Posgrado e Investigación

C.P. Pablo García Horta

Director General de Finanzas

L. A. F. Marco Antonio Garay Aguilar

Director General de Administración

CONSEJO EDITORIAL

Dra. Erika Echavarría Góngora

Mtro. Manuel Alvarado Álvarez

M. en C. Damián Enrique Can Dzib

M.RR. PP. G. C. Rocío Zac-Nicté Cupul Aguilar

PRESENTACIÓN

En vinculación con la tecnología del siglo XXI, el Instituto Campechano, como institución emblemática de la educación superior en la ciudad de Campeche durante los siglos XIX y XX y precursor de la ciencia humanista del estado de Campeche, continúa su labor editorial al producir textos que explican el comportamiento de los campechanos y su quehacer en el pasado. Este es precisamente el caso de éste título que ponemos a su disposición, que explica la importancia de las fortificaciones de San Francisco de Campeche.

El texto titulado *La vida histórica de las fortificaciones de Campeche*, escrito por Miguel Sánchez Lamego y publicado en 1935 en el sobretiro del Boletín de la Sociedad *Mexicana de Geografía y Estadística*, número 45, despertó el interés por conocer la historia de las murallas que, en esos años -como en los actuales- permanecen inertes y mudos testigos de la vida de los campechanos.

Como el boletín de *la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* circulaba únicamente entre las autoridades, los miembros de la asociación y en algunos estados de la República mexicana, los intelectuales campechanos de la primera mitad del siglo XX propiciaron su reedición, 2 años después, en la Revista Campeche correspondiente al mes de septiembre de 1937 con el título *Vida histórica de las fortificaciones de Campeche* y, 9 años después, en *El Reproductor Campechano*, correspondiente al número 1 de 1944 con el título *Las fortificaciones de Campeche (su vida histórica)*, para que sus lectores conocieran los motivos de los campechanos para construir lo que conocemos actualmente como el recinto amurallado. En menos de 10 años, la obra de Sánchez Lamego fue difundida entre los lectores del boletín y de las revistas, sin que su difusión pudiera abarcar a la población campechana, en general, por el limitado tiraje que caracterizó a cada una de las publicaciones referidas.

Actualmente, la obra de Sánchez Lamago es conocida por académicos e historiadores que investigan y estudian el pasado colonial de la ciudad capital de Campeche y por aquellos que enfocan sus indagaciones a la arquitectura militar y se han interesado en explicar la piratería del golfo mexicano; sus ediciones se localizan en algunos archivos y bibliotecas, además de las que resguardan los integrantes de la *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*.

Nuestra institución educativa tiene el privilegio de difundir electrónicamente *La vida histórica de las fortificaciones de Campeche* para que las nuevas generaciones conozcan esta obra, cuya importancia radica en que fue una de las primeras que explicaron el devenir de las fortificaciones que caracterizan a la ciudad campechana.

El texto de Sánchez Lamago detalla la necesidad de los habitantes de Campeche para protegerse de los piratas, explica el esfuerzo de un pueblo que participó en la edificación de las fortificaciones, narra el proceso de construcción y las características de cada baluarte y de su recinto amurallado con sus fuertes y reductos y expone la utilidad que los campechanos le otorgaron durante las guerras que libraron en el siglo XIX. El tema central de *La vida histórica de las fortificaciones de Campeche* gira en torno a los ataques que sufrió la ciudad desde 1824 hasta el triunfo de los republicanos sobre los imperialistas en 1867, mencionando brevemente el derrumbe y la demolición del lienzo amurallado en 1893.

Con esta edición electrónica acercamos *La vida histórica de las fortificaciones de Campeche* de Sánchez Lamago a los internautas para que se adentren a la historia de nuestra ciudad, aquella que le ha dado a Campeche la categoría de Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Dr. Emilio Rodríguez Herrera
Claustro “Lic. Tomás Aznar Barbachano”
Instituto Campechano
Enero, 2018

LA VIDA HISTÓRICA DE LAS FORTIFICACIONES DE CAMPECHE

Por el Mayor Ing. Miguel Sánchez Lamego

(Láminas XXV-XXXIII)

C'est parceque les hommes sont toujours restés les memes, que le passé peut nous renseigner sur le présent, et nous permettre de prevoir l avenir.

Maquiavelo

Debido a las frecuentes guerras que sostuvo en el último tercio del siglo XVII, la entonces poderosa España, en contra de la Francia y la Inglaterra, las acciones piráticas de los marinos de estas últimas naciones, se extendieron hasta los mares de la América y tratando de causar a España el mayor número de daños, los corsarios hostilizaron todos los poblados costaneros del continente Americano. Como ejecutaban sus correrías en barcos muy veloces que los ingleses denominaban “*Fly Boats*”, se corrompió más tarde la voz en la de Filibusteros, con que desde entonces se designa a los que ejercen el oficio de piratas.

Todas las costas del atlantico fueron asoladas, pero particularmente sufrieron muchos de estos ataques, las de la Península Yucateca. En efecto, se tienen informes de que en el mes de octubre del año de 1557, los corsarios se apoderaron de una rica embarcacion que era la primera que hacia su entrada en la rada de Campeche, abriéndose con este atentado, el registro de los atracos que, a partir de esa fecha, continuaron de modo alarmante.

Se sabe que el 26 de octubre de 1558, un grupo de piratas se apoderó de la Isla del Carmen, azotándola con sus desmanes, y después aumentada la osadía

de estos salteadores por la impunidad de que gozaban, invadieron la península, penetrando hasta el pueblo de Tzemul que robaron y saquearon. Lo mismo aconteció a Bacalar en el año de 1590, y a Chancénote, en 1597.

Estos actos vandálicos fueron en lo sucesivo más y más frecuentes y, sobre todo, más atrevidos, pues cuenta la historia que, en el año de 1603, se presentó una Escuadra en Sisal, por lo que el Gobernador de la Provincia de Yucatán, que lo era entonces D. Diego Fernández de Velazco, puso en estado de defensa la ciudad de Mérida, pensando en un posible ataque que afortunadamente no llegó a realizarse. Más tarde, en 1625, los piratas lograron apoderarse de la Isla de San Cristóbal y como fueran arrojados de allí, por D. Fadrique de Toledo, ocuparon la Isla de la Tortuga, donde levantaron una fortaleza para asegurarse una guarida.

La pequeña Villa de Campeche, fundada durante el reinado en España del Emperador Carlos V, por D. Francisco de Montejo, hijo del Adelantado del mismo nombre, según unos autores a fines del año de 1540 y según otros, a principios del de 1541, no pudo dejar de ser atacada por los filibusteros, ya que desde su fundación, fué aumentando su importancia, a consecuencia del mayor comercio que hacía día a día.

Esta Villa de San Francisco de Campeche, cuyos nombres derivan: el primero del de su fundador, y el segundo, de la castellanización del nombre del pequeño pueblo maya de Kin Pech, a cuyas inmediaciones se erigió la Villa, fué elevada al rango de Ciudad por el Rey Carlos III de España, el 1° de octubre de 1677, debido a la importancia que había adquirido y se concibe pues, perfectamente, no pudiera escapar a la codicia de los aventureros.

Efectivamente, Campeche fué saqueado varias veces y pueden leerse en sus crónicas, los funestos nombres de Guillermo Parker, de Venturate, de Grammont y de Lorenzo Graff.

El primer ataque a esta villa, de que se tiene noticia, lo verificó el inglés Williams Parker o Perkins, quien sorprendió y saqueó la población el año de 1597. El convento de los religiosos de San Francisco, uno de los primitivos edificios que se construyeron al fundarse la ciudad, sirvió primero de fortaleza a los conquistadores, contra los ataques de los indios, y en esa y otras ocasiones,

de refugio, para el pequeño número de habitantes que allí lograban meterse. El mismo Parker se presentó sucesivamente frente a Campeche, los años de 1598, 1599 y 1600, pero en esas aventuras, ya fue rechazado por la heroica población.

Años después, el 11 de agosto de 1633, unos 10 navíos mandados por un aventurero apodado *“Píe de Palo”*, que tenía por segundo, al llamado *“Diego el Mulato”*, anclaron frente a Campeche y al día siguiente, desembarcaron 500 hombres, quienes se apoderaron de la villa, asesinando a la mayor parte de sus habitantes, pues solamente pudo salvarse un reducido número de ellos, que logró asilarse en el convento de San Francisco.

En el mes de septiembre de 1644, se presentó frente a la rada de Campeche, una Escuadra Inglesa a las órdenes del General James Jackson, compuesta de 13 buques, que por fortuna, no atacó la villa, sino simplemente amagó el desembarco; pero en cambio, el año de 1649, unos 300 hombres de origen holandés, saquearon y quemaron los alrededores del puerto.

En 1659, nuevo robo a Campeche y en 1678, un grupo de aventureros franceses e ingleses, saquearon una vez más, a la sufrida población; pero el más terrible de estos atracos, lo verificó el pirata Grammont con su segundo, el famoso Lorencillo, el año de 1685. En esta ocasión, los filibusteros permanecieron durante dos meses dueños de la población y ya para huir, la arrasaron casi totalmente.

No faltaron varones ilustres que hicieran comprender a los Monarcas Españoles, que el sostén de la Monarquía radicaba en la riqueza de las Colonias y muy particularmente, en la rica Nueva España, por lo que era preciso poner a dichas Colonias, a cubierto de los ataques de sus enemigos.

Entre esos ciudadanos distinguidos, debe mencionarse al patriota español, D. Miguel Álvarez Osorio y Redín, quien dirigió tres memoriales al Rey Carlos II, a la sazón Monarca de España, haciendo en alguno de ellos, varias consideraciones sobre el comercio de las Colonias Españolas y al referirse a Campeche, se expresaba en los términos siguientes:

“Campeche es la provincia más rica en géneros y tintes, que hay en las Indias, comercia más de 4,000 quintales de palo, y más de 1,000 arrobas de grana

de provincia...” Todos los puertos de las provincias referidas, padecen muchas vejaciones de los piratas extranjeros, porque les roban el oro y la plata, y comercian con ellos, con las ropas de sus vecinos... y si nos descuidamos en proveer 200 naves de comercio, tres poderosas Armadas y en fortificar esos puertos, se acabarán de perder esos reinos y quedará destruída esta Monarquía...”

Debido pues a esa necesidad de proteger la ciudad, allá por los años de 1674 a 1677, D. Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, dejó construido el llamado Castillo de San Carlos, especie de Torrecilla, construída al suroeste de la Villa, donde después se hizo célebre el intrépido D. Antonio Alcalá, el resistir con sólo dos soldados y un artillero, las huestes del pirata Venturate.

Pero esa fortificación era insuficiente para la defensa total de la Villa, como lo demostró el mismo pirata Venturate al lograr saquear la ciudad, no obstante la heroica resistencia del Castillo, y el pirata Lorenzo Graff confirmó el aserto, desde el momento que pudo convertir en ruinas y cenizas a la población, sin inquietarse por los hermosos esfuerzos de resistencia hechos por la pequeña guarnición del Castillo, el año de 1685, como ya se dijo antes.

Después de este terrible saqueo, muchas familias emigraron buscando lugares más hospitalarios; pero otras, no deseando abandonar sus maltrechos hogares, reunieron la cantidad de \$13,500, con objeto de levantar una muralla que circundara la ciudad, pues se pensó ya entonces, en fortificarla seriamente. Reunida esta cantidad y con el auxilio de \$10,000 proporcionados por el Rey y los \$3,170, donados por el Sr. Obispo D. Juan Cano y Sandoval, se emprendió la obra, abriéndose los cimientos el año de 1686, siendo Gobernador de la Provincia, el Capitán General D. Juan Bruno Tello de Guzmán y habiendo hecho los proyectos relativos, el Ingeniero Militar Español D. Martín de la Torre, pues este aparece en una memoria fechada el año de 1680, en la que se hace mención a esos proyectos.

Este Ingeniero desplegó mucha actividad en los trabajos, pero a causa de su fallecimiento, se tuvieron que interrumpir las obras durante un corto período de tiempo, hasta que llegó a hacerse cargo de la Plaza de los Guardias Presidenciales que servirían para su defensa, el Maestro de Campo, D. Juan José de la Bárcena. Este hombre dinámico, tomó posesión de su cargo el día 25 de junio de 1688 y trabajó

sin reparo ni descanso en la construcción de la muralla, pues al hacer entrega del mando el día 20 de agosto de 1693, ya se hallaban conculados y aún artillados, cuatro de los baluartes del recinto, que fueron dirigidos en su construcción, por el Ingeniero Italiano al servicio de España, D. Jorge de Acere.

Para la conclusión de las obras era necesario el dinero y éste se obtuvo por medio de un impuesto de 4 reales, por cada fanega de sal que se extrajera del puerto. Este gravamen, confirmado por cédula Real de fecha 15 de junio de 1699, dió las cantidades suficientes para no interrumpir las obras hasta su terminación.

A la muralla, parece que se le dió desde luego una altura media de 6 mts., por 1 de espesor; pero posteriormente se elevó su altura hasta 8 mts., en los frentes de tierra solamente y se aumentó el espesor en la base, hasta una dimensión variable entre 2.50 mts. y 4 mts. Los 8 Baluartes que la flanqueaban, fueron agregados sucesivamente, pareciendo que el primer Baluarte construído fué el llamado de Santa Rosa.

Según unos autores, la muralla se terminó el año de 1704, lo que es de creerse, pues el año de 1717, las fuerzas de la Plaza, al mando de D. Alonso Felipe de Andrade, pusieron en fuga el 16 de julio, a los piratas ingleses que ocupaban la isla del Carmen que por muchos les habia servido de refugio, por lo que es de suponerse que Campeche nos se preocupaba por su defensa, cuando se atrevía a verificar ataques. Así pues, tomando esta fecha como verídica, la construcción duró un período de 18 años de trabajo intenso, habiendo tenido un costo total, de \$225,024.

Según el señor de Villevecque, una inscripción colocada en una de las puertas, indica que fueron terminadas las obras el año de 1769, es decir, 83 años después de iniciarse; pero esta aseveración no es muy creíble, desde el momento que nadie más que los mismos habitantes, tenían necesidad de terminar cuanto antes la fortificación y no debe entonces haber sido muy grande su deseo, cuando las obras duraron casi un siglo. Además, el año de 1725, siendo Gobernador de la Provincia D. Antonio de Figueroa y Silva, se abrió por orden del Rey Felipe V, la Puerta Nueva de Tierra, *“de la muralla que se encuentra entre los Baluartes de San Juan y de San Francisco, quedando cerradas las de Guadalupe y San Román,*

por estar muy inmediatas a la Marina y expuestas a los ataques del enemigo”, lo que quiere decir, que la muralla existía ya en ese año, así como las puertas de Guadalupe y San Román.

El recinto fortificado consistía: **(ver fig. 1).**

En un polígono amurallado de forma irregular de ocho caras, teniendo un desarrollo total aproximado, de 2,500 metros. El recinto tenía dos frentes viendo al mar y los seis restantes a tierra y en cada vértice del polígono, existía un bastión, cuyas dimensiones son variables, llamados respectivamente: de Santiago el del norte, de Santa Rosa y San Juan los del sur, de San José, San Pedro y San Francisco los del oriente y de Soledad y San Carlos, los del poniente.

Cada bastión con 16 cañoneras, tenía su explanada con su respectiva rampa, varias casamatas y algunos almacenes, teniendo sus muros, grandes espesores.

La muralla tenía unos 8 metros de altura en los frentes de tierra y solamente unos seis metros, en los frentes de mar, siendo su espesor en la base variable y en la parte superior, aproximadamente de 2 metros, estando coronada por un parapeto de piedra de unos 0.90 mts., de grueso más o menos. Los frutos de los taludes, son de un décimo aproximadamente.

La fábrica de su mampostería era recia y bien hecha, ya que aún en la actualidad, todavía es difícil sacar una de las piedras en la pequeña serranía que circunda a la ciudad, casi totalmente. **(ver fig. 2).**

Para entrar al interior del recinto existían tres puertas de tierra llamadas respectivamente: de Guadalupe la del norte, Puerta Nueva de Tierra la del sureste y Puerta de San Román, la colocada al suroeste. Además, existía cerca del Baluarte de Soledad, una puerta de mar. Cada una de estas puertas, excepción hecha de esta última, estaba defendida por un rediente constituido por una escarpa destacada en forma de triángulo, con foso de unos 4 metros de ancho, y unos 3 metros de profundidad. **(ver fig. 3).**

Todo el contorno estaba cubierto por el camino de ronda hecho en muralla misma, en la que se nota la falta de matacanes, o troneras de pie, para batir

el arranque de la muralla, pues sólo se observan algunos garitones salientes, particularmen en los Bastiones, donde hay uno en cada vértice, que servían probablente para la instalación y mejor servicio de los centinelas.

En lo relativo al perfil de estas obras, debe anotarse la ausencia completa del llamado perfil aterrazado, no obstante los progresos que ya había habido en otras naciones debidos especialmente a la aparición de la bala metálica, ideada por los hermanos Bureau el año de 1495; así como la falta de fosos exteriores y de un camino cubierto que hubiera podido servir en los frentes de tierra, como base de partida para las salidas ofensivas de la guarnición.

Este perfil era pues muy atrasado para su época, desde el momento que todas las construcciones de ese tiempo (año de 1686), eran ya aterrazadas, para oponerse a la disgregación de las mamposterias, bajo el choque repetido de los proyectiles metálicos y tenían necesariamente un foso, que no solamente suministraba la tierra necesaria para construir el parapeto de tierra, sino que servía al mismo tiempo, como de un obstáculo no muy fácil de franquear.

Respecto del trazado, es decir, forma que adopta en planta la fortificación, se puede concluir también, que era anticuado, desde el momento que el llamado trazado Bastionado a Abaluartado, lucía ya muchos años que se usaba en Europa y a este respecto, se nota ciertos errores, que trataré de analizar en seguida:

1° Los Bastiones son de cortas dimensiones y particularmente sus caras, por lo que se deduce tenían poca acción sobre el terreno exterior;

2° Los ángulos salientes de estos Bastiones, especialmente en los de Santiago y de San Pedro, son menores de 120 grados, cuando esta cantidad era el mínimo que se aceptaba entonces, lo que daba origen a la existencia de Zonas privadas de fuegos.

3° Las líneas de defensa son muy largas, pues miden más de 350 mts., cuando sólo se admitía un máximo de 150 metros por lo que la condición llamada de minimo de Cortina, no debe haberse hallado satisfecha, existiendo puntos del pie de la muralla, que no eran batidos por la cresta de fuegos.

A estas consideraciones hay que agregar, la de que ni siquiera estaba rodeado el recinto por un terreno descubierto, que permitiera la acción fácil de las armas, pues las casas de los barrios exteriores, llegaban hasta cerca de la muralla.

Todo esto sucedía precisamente, cuando la fortificación permanente adquiriría un enorme desarrollo y recibía un gran impulso, debido al genio del ilustre fortificador francés, D. Sebastián Lepreste de Vauban y justamente, durante los últimos años del siglo XVII, la fortificación se mantenía muy superior al ataque, como lo demuestra la resistencia de esta clase de obras, durante los célebres sitios de la Rochelle, que duró la friolera de tres años (1629 a 1632) y el de Candía, que se prolongó otro tanto (de 1666 a 1669).

Precisamente con objeto de aminorar esos defectos, a fines del siglo XVIII, el Ingeniero Militar Mexicano D. Juan José de León y Zamorano, quien llegó a obtener el empleo de General de Brigada, proyectó y dirigió la construcción de varias obras exteriores que, al mismo tiempo que aumentaban el radio de acción de la plaza, paliaban ciertos de estos inconvenientes.

Se construyeron y parece se terminaron el año de 1793, tres obras exteriores emplazadas al oriente de la plaza y otras tantas, al poniente, colocándolas a una distancia media del núcleo central, de unos 2,500 a 3,000 metros, sobre la pequeña serranía que circunda a la ciudad.

Las primeras se llamaron respectivamente de San Matías, la colocada a la orilla del mar, de San José la ubicada en la serranía y de San Lucas, la establecida a inmediaciones del barrio de San Francisco a orillas del estero. La primera y la tercera constituyen unas verdaderas Baterías de Costa, mientras que la segunda, es una obra de protección de la primera.

Las otras recibieron los nombres de San Luis, la Bateria de Costa, colocada a la orilla del mar; de San Miguel, el Fortín de protección colocado en la serranía y de San Fernando, la intermedia. **(ver fig. 4).**

Con estas obras, la Plaza aumentó su radio de acción, pero exclusivamente del lado del mar, probablemente por ser este, el sector probable de ataque. Sin embargo, estas obras marcan un verdadero adelanto y se ve claramente que

fueron inspiradas, por las ideas del francés Montalembert, que no se llevaron a la práctica en otros países, sino muchos años después de que ya habían sido adoptadas en estas fortificaciones.

El perfil de estas nuevas obras, cambió de aspecto, pues el fortín de protección de San José, ya tiene foso y es probable haya tenido su camino cubierto, pudiendo considerarse como una obra perfectamente concebida, dado el papel que debía jugar. Es de notarse también, el uso de las bóvedas en descarga, de la mampostería de la escarpa, las que estuvieron muy en boga, en épocas anteriores. **(ver fig. 5)**

Las baterías de costa de San Luis y San Matías, que debían cruzar sus fuegos respectivamente con las de San Fernando y San Lucas, son también muy interesantes, pues la de San Luis, por ejemplo, tiene 9 cañoneras en sus tres frentes de ataque y el cuarto frente, que mira hacia tierra adentro, se cierra por medio de un trazado pseudo-bastionado para defender la puerta de entrada, constituida por una maciza puerta con puente levadizo, lanzable sobre el foso, que rodeando completamente a la obra, debe haber tenido unos 4 metros de anchura y unos 3 metros de profundidad. **(ver fig. 6).**

Los Fuertes de Protección, colocados en la cresta topográfica de la pequeña serranía que rodea a Campeche, son obras que pueden servir de modelo a las de su época y es de observarse, desde luego, el buen gusto de la arquitectura de sus escarpas adornadas por los llamados "*Nidos de Golondrina*", especie de garitones en saliente del lienzo de la mampostería, que servían para la vigilancia del interior del foso, el que no estaba batido por órganos especiales ni tampoco por la cresta de fuegos ya que ésta solamente tiene plataformas para Artillería, pero que constituía un buen obstáculo, desde el momento que tratar de escalar la bien constituida escarpa tallada en parte en la roca, debe haber sido tarea bastante penosa y difícil. **(ver fig. 7).**

Es de notarse, finalmente, que el plan defensivo general, comprende solamente la idea defensiva del lado del mar y como desgraciadamente todas estas obras fueron atacadas por el de tierra, no pudieron llenar perfectamente su misión, por lo que aquí se afirmó una vez más, el principio existente desde la

antigüedad, de que no debe organizarse una plaza fuerte marítima, solamente en sus frentes de mar, sino tambien muy cuidadosamente en los frentes de tierra.

Para armar los Baluartes de todas las obras de fortificación, el año de 1689, llegó la primera Artillería gruesa que se conoció en Yucatán y que consistió en unas treinta malas piezas de hierro pero en 1739 y en 1740, la guerra con Inglaterra y el buen éxito del Almirante Vernon, contra de Porto Bello, obligaron a la corte de Madrid a enviar 88 cañones de grueso calibre de hierro y bronce, muchos de los cuales eran de matrícula francesa.

La España en 1795 y 1808 y el Gobierno Mexicano en 1827, aumentaron todavía el armamento es esta plaza, la que llegó a tener más de 200 cañones para artillar totalmente sus cañoneras.

Después de este corto análisis, cabe preguntarse: ¿Qué papel desempeñaron estas obras de fortificación, desde su terminación, hasta su destrucción?

Desde luego, en lo referente a la muralla, puede asegurarse que el papel para que fué creada, lo jugó a las mil maravillas puesto que a partir de la fecha de su construcción, la ciudad de Campeche no volvió a sufrir los horrores del saqueo y de la matanza, pues los piratas no se atrevieron ya a emprender su ataque, no obstante que el aspecto de la fortificación no era muy importante que digamos, como puede observarse en la figura adjunta (**figura núm.8**), que es una fotografía de un dibujo hecho en el siglo XIX.

Observando detenidamente esta fotografía, puede uno darse cuenta de que el aspecto de la ciudad no es ni remotamente terrible; pero bien puede haber sucedido, que los piratas no se arriesgaran a sostener un sitio de varios días, frente a Campeche, cuando podían obtener un botín tal vez mayor, atacando los otros puntos de la costa que se hallaban sin fortificar. Además, hay que hacer constar, que la piratería disminuyó notablente, ya que una vez hundido el trono de Carlos II, cesaron las rivalidades de familia que habían causado esta clase de desmanes y que motivaron la construcción de la muralla, como ya se indicó antes.

Así pues, estas fortificaciones permanecieron impávidas durante todo el resto de la dominación Española y aún durante todo el tiempo de la guerra de

Independencia, sin que nadie osara atacarlas, no obstante que Campeche era el único puerto abierto al comercio libre, cuando el Grito de Dolores conmovía al resto de la Nueva España.

Las fortificaciones sufrieron su primer sitio el año de 1824, aunque bien es cierto, sin resultados materiales de ninguna especie. En efecto, el 15 de febrero de ese año, el Gobierno de la Península envió 1,500 hombres a operar contra el puerto de Campeche, para imponer al Ayuntamiento de esta ciudad, el cumplimiento de sus órdenes. El Comandante de la Plaza, D. Juan Manuel Calderón, asumió los mandos Político y Militar y se preparó a la defensa.

La columna de ataque, que se llamó "*Columna Volante de la Unión*", a las órdenes del Coronel de Ingenieros, D. José Segundo Carvajal, sentó sus reales en el barrio de extramuros llamado de Santa Ana, en los últimos días del mes de marzo de dicho año de 1824.

Las fortificaciones de la plaza esperaban se abriera el fuego sobre ellas de un momento a otro y estaban atentas a los menores movimientos de sus agresores; pero estando en esa situación de espera, el día 30 de ese mismo mes, se proclamó en esta Capital la Constitución que fue jurada en Mérida, el día 2 de abril, por lo que después de un arreglo pacífico con los sitiados, la Columna Volante abandonó el campo, a fines del mes de mayo y en los primeros días del mes de junio siguiente.

De manera, que este primer asedio sufrido por la Plaza, fue sin consecuencias, lo mismo que toda esa guerra, que no habiendo sido más que diplomática, burlescamente se la llamó: "*La guerra sin lágrimas*". Solamente el Comandante de la Plaza ordenó algunos disparos con los cañones de los Baluartes de San José, San Pedro y San Francisco, que sólo sirvieron de regocijo a la población, la que festejó el suceso con verbenas y bailes.

Sin contratiempos de ninguna especie continuó desarrollandose la vida de estas fortificaciones, hasta que el envío de soldados a la guerra de Texas, las excesivas gabelas y la supresión del privilegio a la marina, hicieron que el 29 de mayo de 1839, D. Santiago Imán, Capitán del 3º. Activo, cuyo Cuartel estaba en Izamal, de acuerdo con los políticos de Mérida y Campeche, se pronunciará en

Tizimin por el sistema Federal, tratando también de separar la Península del resto de la República Mexicana. La revolución cundió rápidamente y los llamados Federalistas lograron apoderarse de Mérida y otras poblaciones, de manera que solamente Campeche había escapado a su acción. Esta Plaza, a las órdenes del Comandante D. Joaquín Rivas Zayas, permaneció a la defensiva, pidiendo auxilios a la Capital de la República para rechazar al enemigo, en caso de ser atacado.

Marcharon por tierra la Infantería y Artillería sublevadas a las órdenes del Coronel D. Sebastián López de Llergo para atacar la Plaza de Campeche, la que al mismo tiempo fué bloqueada, por la flotilla que improvisaron los rebeldes que estaba mandada por los marinos D. José María Machín y D. Juan Pablo Celarayn y compuesta de los buques: *“Correo”*, *“Fama”*, *“Titán”*, *“Privilegio”*, *“Imán”*, *“Libertador del Pueblo”* y *“Atrevido”*.

Gracias a la ayuda prestada por las fortificaciones, la Goleta *“Inglesa”* que llevaba unos 600 hombres de refuerzo para Rivas de Zayas, pudo entrar a Campeche y atracar al abrigo de los cañones de la Plaza, el 16 de marzo del dicho año de 1839.

Rivas Zayas viendo aumentado el número de sus tropas, salió a combatir con sus enemigos fuera de la ciudad; pero habiendo sido derrotado en las cercanías de la Hacienda de Santa Rosa, regresó a la Plaza, donde entró el 30 de marzo. Los federalistas lo persiguieron sin poder dar alcance y al llegar frente a Campeche, rodearon completamente la ciudad, quedando terminado el círculo para el día 2 de abril del mismo año. Ese mismo día comenzó la flotilla rebelde un fuerte cañoneo, que fue contestado por las baterías de los Baluartes de Santiago, Soledad y San Carlos, lo mismo que por los cañones de las obras exteriores de San Luis y San Miguel.

El sitio se prolongaba, debido a la tenacidad en la resistencia de los defensores, gracias a que las fortificaciones resistían a maravilla los pocos impactos que lograban herirlas, pues la mayor parte de los proyectiles caían dentro del recinto; pero el Fortín exterior de San Miguel se rindió el día 7 de mayo, alegando su Jefe, D. José de Jesús Lavalle, que se hallaba aislado desde hacía varios días y siguiendo su ejemplo, el día 12 del mismo mes, el Capitán D. José María Sandoval,

Comandante del Fuerte de Protección de San José, rindió también las armas, por la misma razón. Por estas rendiciones motivadas, según unos, a la traición, Rivas Zayas tuvo que capitular, embarcándose con su tropas el día 16 de mayo en la mañana, siendo ocupada la Plaza por las tropas Federalistas ese mismo día en la tarde, que eran a las órdenes del Gobernador de la Península, D. Juan de Dios Cosgaya.

En esta defensa se nota, un desligamiento completo entre las tropas de la Plaza y las de las obras exteriores, pues el Comandante Rivas Zayas, no supo emplear atinadamente las magnificas obras permanentes que tenía. Claro está que si un pequeño Fortín se deja sin enlace durante algunos días, a la postre tiene que capitular si no por el efecto del fuego de los atacantes, cuando menos por los efectos del hambre.

La fortificación durante este primer verdadero ataque, no sufrió ni grandes ni pequeños desperfectos, pues la sólida construcción de sus murallas, escarpas y baluartes, supieron oponerse perfectamente a la destrucción intentada por proyectiles pequeños e insuficientes.

Yucatán asumió desde entonces una actitud expectante y aún fue neutral durante la Guerra de Texas, separada del resto de nuestra República por rencillas y diferencias políticas, esperando formar parte nuevamente de nuestra Patria, cuando estas diferencias terminaran. El día 12 de marzo de 1841, el Gobierno Yucateco expidió un decreto, estipulando las bases sobre las que volvería a unir Yucatán al resto de la Nación Mexicana. Por su parte, el Gobierno del General D. Antonio López de Santa Anna, queriendo terminar las diferencias con esa Península, invistió de amplias facultades al eminente D. Andrés Quintana Roo, para que este hiciera las gestiones pertinentes.

Se abrieron a efecto negociaciones el día 17 de diciembre de 1841 aunque con muchas dificultades y terminaron el día 28 de mismo mes, después de haber formado un convenio que después no aprobó el General Santa Anna, pues declaró el día 7 de mayo de 1842. *“que mientras Yucatán sostuviera relaciones con Texas, sería considerado como enemigo”*. El Congreso de Yucatán, por su parte, declaró el día 31 del propio mes de mayo, que no aceptaba las proposiciones que le hacía

el Gobierno Mexicano, por lo que el General Santa Anna, viendose dasairado, resolvió someter a la Península, por la fuerza de las armas.

Tal fue el origen de la guerra con Yucatán, durante la cual, las fortificaciones de Campeche sufrieron uno de los sitios mas fuertes de su existencia.

El Gobierno de México organizó rápidamente una columna expedicionaria sobre la Península que fue puesta a las órdenes del C. General D. Vicente Miñón, preparándose el Gobierno Yucateco, por su parte, a defender su territorio, haciendose lo siguiente:

Se creó una Compañía de Caballería para resguardar las fortificaciones y otra de Infanteria para cubrir las atenciones extraordinarias. Se construyeron dos nuevos reductos pegados a la muralla, llamados respectivamente: del Muelle, el emplazado cerca del antiguo muelle y que estaba armamdo con tres piezas de Artillería, y el de la Puerta de San Román, establecido cerca de la puerta del mismo nombre, armado con 3 piezas de a 24, 2 de a 16 y un mortero de 14 pulgadas.

Se construyó un depósito de pólvora en la loma llamada del Limonar, mismo que existe en la actualidad con el nombre de Casamata, defendido por 5 piezas de a 18.

Se desmantelaron todas las obras exteriores de San Fernando, San Lucas, San Luis, San Miguel, San Matias y San José, cegándose sus fosos, derribandose sus techos y destruyendo sus puentes levadizos, con el pretexto de que podian servir de puntos de apoyo para los invasores. Militarmente, este acto fué un gran error, pues juntamente las obras exteriores eran las que daban vida a esas anticuadas fortificaciones. Así desaparecieron esas obras cuyas ruinas aún existen en los fuertes y baterias de San José, San Matías, San Miguel y San Luis, pues la obra de San Fernando, algunos años después, en 1848, fué arrasada totalmente desapareciendo hasta sus cimientos, y convertida en Cementerio General.

Se armaron y construyeron varias lanchas cañoneras, se nombró Secretario de Guerra al General D. Pedro Lemus, y finalmente, se instaló toda la Artillería existente, en los Baluartes. Esta Artillería constaba de 65 antiguas piezas de hierro y bronce, 4 morteros de 14 pulgadas, una carronada de 42 y dos piezas de a 4.

Las hostilidades se rompieron desde el día 5 de julio de 1842, no obstante que la Columna Expedicionaria Mexicana, no había aún invadido el territorio de la Península, pues ese día, a las altas horas de la noche, el bergantín de guerra “*Yucateco*”, fondeado a corta distancia del muelle de Campeche y dentro del radio de acción de las baterías de la Plaza, fue sorprendido y capturado por D. Tomás Marín, Jefe de la Escuadra Mexicana.

Hasta el día 22 de agosto de ese año se presentó frente a la Villa del Carmen, la Vanguardia de la Columna Expedicionaria en 4 buques de guerra y 3 de transporte, a las órdenes del General D. Juan Morales. Las cortas tropas Yucatecas, defensoras de esa población, que eran a las órdenes de su Jefe, D. Clemente Trujillo, capitularon el día 30 de ese mismo mes, junto con las tres embarcaciones que eran a las órdenes de D. Juan Pablo Celarayn y aumentado el número de los llamados invasores con 4000 hombres más, que desembarcaron, se emprendió la marcha sobre Campeche, lugar de residencia del Gobernador de Yucatán, D. Santiago Méndez.

Las tropas Mexicanas ocuparon sucesivamente después de retirarse los Yucatecos, los puntos de Champotón, Seybaplaya y Lerma y se presentaron frente a Campeche, el día 20 de noviembre del dicho año de 1842. Las tropas defensoras de la Plaza, compuestas de las de la Guarnición a las órdenes del Coronel López de Llergo, de las del Batallón ligero permanente, de las del Batallón de Artilleros, de las del Ligero de Mérida, del 16º Batallón de Campeche y de las Secciones de indígenas del Oriente, ascendiendo en total a unos 4000 hombres, guarnecieron los Baluartes de la muralla y ocuparon además las alturas de la Atalaya, de San Miguel y de la Eminencia, para impedirle el paso a los atacantes hacia el barrio de extramuros de San Román.

Este plan de defensa, no detuvo a las tropas mexicanas, pues ante su empuje, los Yucatecos hubieron de abandonar esas alturas, estableciendo el General Miñón, en la loma de la Eminencia, tanto su Cuartel General, como su Artillería para poder bombardear eficazmente la ciudad.

Conociendo la importancia para la defensa, la ocupación de la loma de la Eminencia, el General Lemus ordenó se recuperara, encomendando la operación

a los Coroneles López de Llergo y D. Felipe de Jesús Montero con 800 hombres cada uno. El 25 de noviembre marcharon estas tropas apoyadas por el fuego de las piezas de Artillería de la Plaza; pero después de haber sufrido buen número de bajas, se retiraron al interior del recinto, sin haber logrado su intento.

En virtud de este fracaso que se atribuyó a traición del General Lemus, este fue destituido y se nombraron: Jefe de la 1ª. División, al Coronel D. Sebastián López de Llergo; de la 2ª. División, al del mismo grado D. José Eulogio Rosado; de la 3ª División al del mismo empleo D. Alonso Aznar Peón; Jefe de la Artillería a D. Pedro de la Cámara y Jefe y Director de las fortificaciones, al Ingeniero D. Santiago Nigra de Sanmartín.

El asedio continuó por varios días, en los que el estruendo de las armas era casi ininterrumpido, pero sin que el atacante pudiera obtener ventajas, pues las fortificaciones resistían perfectamente, sin menoscabo alguno, los efectos de los proyectiles de pequeño calibre que le lanzaban, así como los cohetes a la Congreve que no hacían más que regocijar a la población con ese espectáculo inusitado. Las tropas Mexicanas no solo no estrechaban el cerco de la Plaza, sino que por el contrario, habían quedado reducidas a la ocupación única de la loma de la Eminencia y como las tropas Yucatecas ocuparon la del Limonar; les cortaron las comunicaciones entre los barrios de Santa Ana y San Román, dejándolos sin manera de obtener comestibles, por falta de línea de comunicación terrestre.

Esta dificultad para proveer de víveres a la tropa, orilló al General Miñón a decidirse por atacar el pueblo de Chiná, distante unos 10 kilómetros de la ciudad, por ser este el punto donde convergían los caminos de las fincas de ese rumbo, productoras de azúcar, cereales, etc., y ordenó al General D. Francisco Andrade que con 800 hombres, ocupara dicho poblado, quien así lo verificó el día 2 de febrero de 1843.

El Coronel López de Llergo, a la sazón Comandante de la Plaza, destacó una columna compuesta de unos 250 hombres al mando del Capitán D. José Dolores Baledón, con el objeto de ver si era posible recuperar Chiná, pero después de intentar el ataque, este Capitán fue rechazado y obligado a regresar a su campamento, sito en el barrio de extramuros de San Francisco ese mismo día 2

de febrero. Al día siguiente, salió de la Plaza el Teniente Coronel D. Manuel Oliver con 500 hombres del Batallón núm. 16 y del Ligerero Permanente, acompañados de 2 piezas de Artillería, con la misión de recuperar Chiná; el día 4 de ese mismo mes de febrero se entabló sangriento combate en dicho pueblo, que terminó con la retirada de Oliver hasta la Plaza; pero las tropas Mexicanas que habían perdido en el combate a su Jefe, el General Andrade, se retiraron también a la loma de la Eminencia.

Continuó después el asedio y bombardeo de la Plaza hasta que el General Miñón fue substituído por el de igual Grado, D. Matías de la Peña y Barragán, quien viendo la ineficiencia del bloqueo contra esa tropa decidida a luchar hasta el fin, pensó apoderarse de la ciudad de Mérida para obrar sobre la moral de los defensores. Para el efecto, los vapores Mexicanos *“Moctezuma”*, *“Regenerador”* y *“Guadalupe”*, y los veleros *“Yitán”* y *“Yucateco”*, condujeron 2500 hombres con Artillería, hasta el puerto de Celestun donde desembarcaron el 19 de marzo de 1843.

El activo Coronel López de Llergo, dejó encargada la defensa de la ciudad al Comandante de la Plaza D. José Cárdenas y con 1500 soldados, se dirigió a Mérida donde llegó el día 21 de marzo dejando en esta, una pequeña guarnición, salió a encontrar a las tropas Mexicanas situándose en el pueblo de Conkal.

El General Peña y Barragán acantonado mientras tanto en Motul envió 500 hombres a las órdenes del Coronel D. Francisco Pérez a ocupar el pueblo de Tixcocab, quien así lo verificó el día 9 de abril. Al día siguiente, el Coronel López de Llergo intentó apoderarse de ese pueblo y emprendió su ataque; pero fue rechazado después de reñido y sangriento combate, retirándose hasta la ciudad de Mérida, fortificada en el interín, por el Ingeniero Nigra de San Martín.

No obstante este triunfo, tanto el clima malsano de la Península, como lo estéril de la guerra, influyeron grandemente en la moral del General Mexicano, quien además, engañado del efectivo real de las tropas defensoras de Mérida, firmó un tratado con el Coronel López de Llergo por el que se comprometió a retirarse con sus tropas. Este tratado se cumplió, no obstante la llegada del General D. Pedro Ampudia que llegó a tomar el mando de la campaña y a reforzar a ese núcleo de denodados soldados, con 500 hombres más, por lo que el día 26 de mayo se embarcaron las tropas del General Peña y Barragán rumbo a

Tampico, regresando a Campeche las tropas Yucatecas para continuar la defensa de la Plaza.

El General Ampudia le dio nuevo giro a las operaciones. Queriendo reducir la Plaza por el bombardeo, ocupó otras cimas de los alrededores de la ciudad, el templo de San Román y otras alturas de ese barrio de extramuros, hizo avanzar un poco más hacia los sitiados sus atrincheramientos y sus líneas y comenzó a lanzar sus cohetes a la Congreve sobre la población, sin ningún perjuicio para las fortificaciones.

Después de estar en estas condiciones algún tiempo más, el General Ampudia se convenció de la imposibilidad de tomar una plaza que estaba insuficientemente bloqueada, por lo que le propuso y fué aceptado, un arreglo, al Gobernador D. Santiago Méndez. El Gobierno de Yucatán envió tres comisionados para pasar a la ciudad de México para dirimir la cuestión, retirándose con tristeza el Ejército Mexicano, después de varios meses de lucha. Dos convenios se celebraron en esta Capital y se firmaron de conformidad, el día 14 de diciembre de 1843.

Las fortificaciones siguieron su existencia en relativa paz, pues durante el conflicto con los Estados Unidos de Norteamérica, Campeche se pronunció por la neutralidad, de manera que durante esa serie desastrosa de derrotas, no tomaron parte pues además, en ese tiempo Yucatán no formaba parte, de la Confederación Mexicana, ya que vino a unirse nuevamente a México, el 15 de agosto de 1848, según decreto de fecha 17 del mismo mes y año, lo que dio origen al envío del General D. Manuel Micholterena, como Primer Comandante General de Yucatán.

Así pues, desde 1843, las fortificaciones no fueron para nada turbadas en su apacible vida, ya que siempre se sustrajeron a los ataques de los Indios, durante la terrible guerra de castas que se desarrolló en toda la península, pues las murallas supieron siempre tener a raya a los indígenas, quienes no se atrevieron nunca con ellas.

Pero vino el año de 1857 y en vista de los enormes atropellos sufridos por los ciudadanos Campechanos, de parte del Gobierno de la Península, la noche del 6 de agosto de ese año, el pueblo de Campeche, encabezado, por los señores D. Pablo García y D. Pedro de Baranda, atacó y ocupó la Maestranza de Artillería y

los Baluartes de Santiago y Soledad, no obstante el poco y mal armamento que poseía, como protesta por el nombramiento de Vicegobernador hecho en favor del señor D. Santiago Méndez.

El General Ulloa, Jefe Político y Militar de Campeche, se halló a la mañana siguiente del motín, ocupando solamente el Cuartel de Artillería, el del Batallón Activo y un Baluarte, así como las alturas de la Parroquia, que con tropas decididas a no librar combate contra sus camaradas y paisanos. Los soldados comenzaron a desertar y el día 9 de ese mes, los ciudadanos más caracterizados de la Población, levantaron un Acta por la que se desconocía al Gobierno de Yucatán y a la Legislatura del Estado. Este núcleo de individuos entró en arreglos con el General Ulloa, quien tuvo de salir de la Plaza, acompañado solamente por algunos Jefes y Oficiales pues todo el resto de sus tropas se unió a los amotinados.

El Gobierno de Yucatán, representado entonces por el señor D. Pantaleón Barrera, anunció la guerra contra Campeche, por decreto del 26 de agosto y formó una Brigada de tropas que puso a las órdenes del Coronel D. Manuel Cepeda Peraza, compuesta del Batallón Fijo Permanente, de una Sección del Batallón de Valladolid, de una Compañía del Batallón Local de Mérida, de una Sección de tropas del Interior, de otra de las fuerzas de Hopelchén y de un gran número de Indios, formando un total aproximado de 2000 hombres, que invadieron Calkiní y Hecelchacán y ocuparon el pueblo de Tenabo, donde permanecieron 14 días, moviéndose en seguida sobre Campeche, el día 22 de septiembre del dicho año de 1857.

Asumió el mando político y Militar de la Plaza de Campeche, el señor D. Pablo García, quien pudo organizar unos 1000 hombres bisoños y mal armados con los que contó para la defensa.

El día 23 de agosto, una pequeña fuerza de las tropas de la Plaza, que se hallaba en observación en la Hacienda de Yaxcab, a las órdenes del Teniente Coronel D. Julián Ortiz, fue sorprendida por las tropas del Gobierno Yucateco, las que lograron aprehender al mencionado Teniente Coronel y dispersar al resto de su tropa. Con este hecho de armas, dió principio esa terrible guerra civil, cuyos horrores fueron innúmeros.

Mientras una comisión pacificadora trataba en Mérida de arreglar las diferencias por la vía diplomática, el día 7 de octubre del mismo año de 1857, las fuerzas de Cepeda Peraza sorprendieron una trinchera colocada a una distancia aproximada de una legua de la Plaza y no hallando otra resistencia, lograron penetrar hasta el barrio de San Francisco, donde fueron detenidos en su avance, por el pueblo que una vez vuelto de su estupor, organizó rápidamente la defensa. Este hecho no impidió que los Yucatecos ocuparan los barrios de extramuros de la Plaza.

Desde entonces empezó una guerra terrible por su ferocidad, pues las tropas de Mérida, más que a combatir, se dedicaban a saquear e incendiar. Diariamente había combates en las calles de esos barrios, provocados por guerrillas que salían de la Plaza, para hostilizar a sus enemigos.

El 7 de noviembre, es decir, un mes después de que las tropas de Mérida habían ocupado los barrios de Campeche, los defensores organizaron una salida general que trajo como consecuencia, el que las tropas Yucatecas estuvieran a punto de levantar el sitio después de un reñidísimo combate que duró todo ese día; pero como a las tropas de Campeche les faltaba unidad de acción y organización, su empuje no resultó muy eficaz.

Sin embargo, esa salida ofensiva, hizo ver al Gobernador de Yucatán, lo poco popular que era por lo que renunció su cargo en favor del ya General D. Francisco Peraza, el 28 de diciembre y como resultado también de ver la imposibilidad de tener un arreglo con los sitiados, mientras siguiera de Gobernador. Pero en esos días arribó a Campeche, empujado por malos vientos, el Pailebote Nacional “*Constante*”, quien llevaba las Actas del pronunciamiento de Veracruz por el Plan de Tacubaya y unas cartas del General D. Ignacio Comonfort incitando a los contendientes a deponer las armas. En vista de eso, la guarnición de Campeche se pronunció por el plan de Tacubaya el día 25 de diciembre, nombrándose en seguida una Junta Gubernamental, compuesta de cinco individuos.

El Partido Liberal de Mérida secundó este pronunciamiento el día 1º del año de 1858, pero la guarnición de la Ciudadela de esa Ciudad levantó otra Acta, reconociendo como Gobernador de la Península al señor Peraza, quien

no obstante había entrevistado a D. Pablo García en dos ocasiones en el propio puerto de Campeche, no había sido reconocido por la Junta Gubernamental, por lo que dicho señor Peraza ordenó que las tropas que acantonaban en los barrios de la Plaza sitiada, se retiraran hacia Mérida, movimiento que se verificó el día 13 de enero de 1858.

El día 5 del mismo mes, Campeche se despronunció, reconociendo nuevamente la Constitución de 1857 y tratando de separarse definitivamente de Yucatán, lo consiguió por los tratados de División Territorial, verificados en la ciudad de Mérida el día 3 de mayo y la Junta Gubernativa, por decreto del día 18 del mismo mes, declaró erigido en Estado, el antiguo Distrito de Campeche, reconociendo como Gobernador al señor D. Pablo García.

Con esto, terminó esa funesta guerra, que se desarrolló sin resultados materiales para las fortificaciones y como la conducta del Estado de Campeche durante la guerra de Tres Años, fué siempre en defensa de los principios constitucionales y, además, como en todo el Estado no se dio un solo caso de levantamiento en favor de la reacción, las fortificaciones permanecieron incólumes hasta el año de 1862, que apareció la Intervención Francesa.

Al romperse las hostilidades con Francia, la cañonera Francesa "*La Grenade*", introdujo en la ciudad del Carmen, bastante cantidad de armamento y municiones y apoyó la sublevación que a favor del General D. Juan N: Almonte, hicieron algunos reaccionarios. Al mismo tiempo, la Cañonera Francesa "*L Eclair*", al mando del Teniente de Navío de apellido Boyer, estableció el bloqueo al puerto de Campeche, el día 17 de mayo de 1862.

El Gobernador del Estado hizo armar en guerra la Goleta "*Pizarro*" para proteger en lo posible, la entrada al puerto de los buques mercantes y dispuso asimismo, armar nuevamente la Batería exterior de San Luis con una pieza de a 24, dotándola de una pequeña guarnición que puso a las órdenes del Capitán D. José Trinidad Bello.

Al medio día, del 22 de mayo de 1862, se rompieron los fuegos entre el Vapor "*L Eclair*" y el citado reducto, siendo éste el primero que lanzó sus granadas, en virtud de haberse aproximado demasiado a la costa, el referido Vapor. Se

cambiaron solamente cinco tiros, pues el buque francés se retiró a su fondeadero; pero desde entonces, varias veces la Plaza se vió amenazada por el referido Buque, sin que se acercara bastante, pues siempre se colocaba a una distancia en la que se hallaba fuera del alcance de los antiguos cañones de las Baluartes y en cambio él, con su moderna artillería rayada, podía tirar impunemente sus proyectiles.

En este estado permanecieron las cosas, hasta que sitiada la Plaza por tierra, por tropas imperialistas al mando del General D. Felipe Navarrete, a la vez que por mar era bloqueada por los navíos franceses comandados por el Capitán de Navío Cloué, una vez agotados los recursos y elementos defensivos hubo de rendirse poniendose la ciudad a disposición del Jefe Francés, a fines del mes de enero de 1864.

El día 29 de ese mismo mes, fue reconocido el Imperio y el día 2 de febrero siguiente, entró a la Plaza el General Navarrete con su Estado Mayor y las tropas francesas que ocuparon la ciudad, desartillaron durante la ocupación, todos los Baluartes, llevándose todos los cañones franceses que allí había y que fueron recuperados por ellos de esta manera, después de 300 años que los habían perdido en Pavía.

Las fortificaciones continuaron su triste vida bajo la tutela del Imperio, pero en nada se había afectado, ni la solidez de su construcción, ni la mansedumbre de sus Baluartes, hasta que pudieron volver al régimen republicano.

El día 13 de agosto de 1866, el Coronel Republicano D. Antonio Muñoz, ocupó con una corta fuerza armada la plazuela del barrio de Santa Ana. Dando el grito de independencia. El Comandante Militar de la Plaza, D. Felipe López Fajardo, ordenó inmediatamente se cerraran las puertas de la muralla y se ocuparon con tropas los baluartes fronterizos con aquel barrio y al día siguiente, este Jefe, a la cabeza de las tropas Imperialistas que guarnecían la ciudad, batió a los republicanos hasta conseguir su derrota y dispersión.

A causa de esa asonada, el antiguo Gobernador de Campeche, D. Pablo García fue encarcelado y habiendo logrado obtener su libertad, se marchó a San Juan Bautista, donde el Gobernador del Estado de Tabasco puso a su disposición una fuerza de unos 60 hombres al mando del Coronel D. Celestino Brito, así como

unos 500 fusiles y una pieza de Artillería. Después de aumentar su fuerza hasta la ya repetida suma de 500 hombres, el día 23 de diciembre de ese mismo año de 1866, llegó el señor García con su tropa al pueblo de Lerma y marchando sobre Campeche, ocupó los barrios de Santa Ana y San Francisco, principiando el asedio de la Plaza.

El General Imperialista D. Juan Espejo que había sido encargado de la Comandancia de las Armas, a principios del mes de noviembre, con un refuerzo que le llegó a unos 700 hombres a las órdenes de los Jefes Juan B. Traconis y otro de apellido Osorio, reforzó la dotación de los Baluartes y ordenó algunas salidas para hostilizar a los sitiadores.

Se acordó un plan por los defensores, consistente en que el Teniente Coronel D. Juan Sixto Ortoll con fuerzas regulares, ocuparía progresivamente las poblaciones de su tránsito sobre Campeche, hasta llegar al cerro de San José, donde debía poner una bandera de color conveniente, para que a su vista, los de la Plaza, emprendieran un ataque simultáneo por el frente, flancos y retaguardia del campamento republicano.

La fecha señalada para el desarrollo de esta combinación fue el día 26 de enero de 1867 y el día 20 de ese mes, la Escuadra Imperial atacó las cuatro embarcaciones Republicanas varadas frente a la Plazuela de San Francisco, a las que logró aprehender fácilmente, tanto por la inmovilidad obligada en que se hallaban, como por la superioridad numérica de los Imperialistas.

Esta acción era el principio del plan que debía culminar el día 26, pero derrotadas las fuerzas de Ortoll en el pueblo de Hecelchacán el día 24, con pérdida de gran número de prisioneros y de su Tren de Combate, el plan quedó desbaratado, pues los Republicanos se presentaron frente a Mérida el día 28 e intimaron su rendición, por lo que las tropas de Traconis y Osorio, marcharon de Campeche a reforzar la guarnición de la ciudad amagada, quedando la Plaza fortificada, guarnecida solamente por una Compañía del Batallón Ligero a las órdenes del Capitán Laurencio.

En la noche del 23 de marzo, los Republicanos acampados frente a Campeche, por medio de un audaz golpe de mano, lograron apoderarse de una

de las mejores embarcaciones de guerra de la Escuadrilla Imperialista, lo que les permitió extender su radio de acción, reducido entonces al asedio por tierra de la Plaza amurallada.

A las dos de la madrugada del día 1º de junio de 1867 las fuerzas sitiadoras, al mando del ya General D. Celestino Brito, escalaron la muralla, al mismo tiempo que la Escuadrilla Republicana a las órdenes de D. Vicente Capmany, se apoderaba sin resistencia, del resto de los buques de la Escuadrilla Imperialista que se hallaba fondeada en las cercanías del puerto. El Gobernador D. Pablo García entró a la plaza ese mismo día y terminó este largo sitio que duró 160 días, (pricipió el 23 de diciembre de 1866) y que fue el último sufrido por estas obras de fortificación, siendo sus postreros servicios prestados, pues desde entonces quedaron en el más completo abandono.

Autorizado por el Ministerio de la Guerra, el Coronel D. Fernando Laphan, siendo Jefe Militar de la Plaza, principió el derrumbe de la antigua muralla en el mes de junio de 1893, abriendo un boquete frente al Cuartel Federal, con objeto de darle vista al mar. Este boquete se Inauguró el día 24 de ese mes y año, demoliéndose después todo el lienzo de muralla comprendido entre los Baluartes de San Carlos y de Soledad y desapareciendo, como consecuencia, la llamada puerta de Mar. Al año siguiente, el mismo Jefe abrió nuevos boquetes en la muralla en las prolongaciones de las hoy calles de Iturbide, de Independencia y de Zaragoza.

Por concesión dada a la Empresa de Tranvías de Campeche, se demolió parte del Baluarte de San Francisco para dar paso a la línea de tranvías y se dio después concesión al señor D. Salvador Dondé para demoler el Baluarte de San José y lienzos enteros de muralla, desapareciendo de esta manera, las fortificaciones construídas unos 200 años atrás; esas hermosas obras de arquitectura militar que supieron de las largas y tristes horas del bloqueo, de la vivacidad y rapidez de los ataques por sorpresa, de los horrores del bombardeo y del heroismo de la tenacidad en la resistencia.

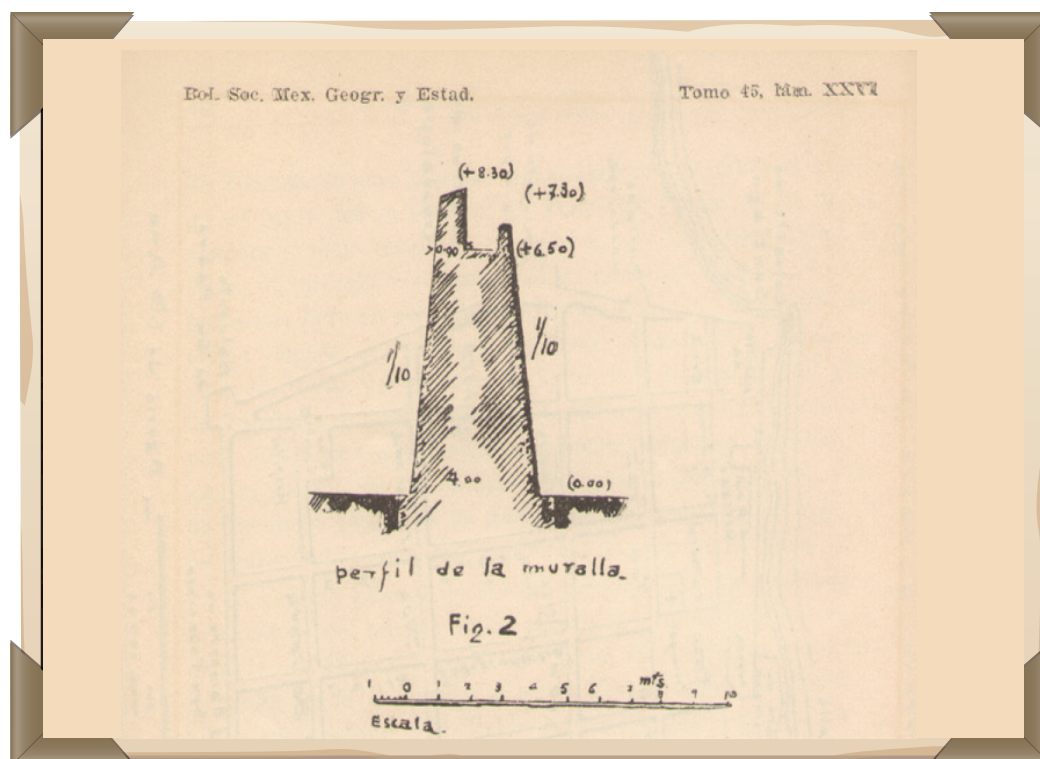
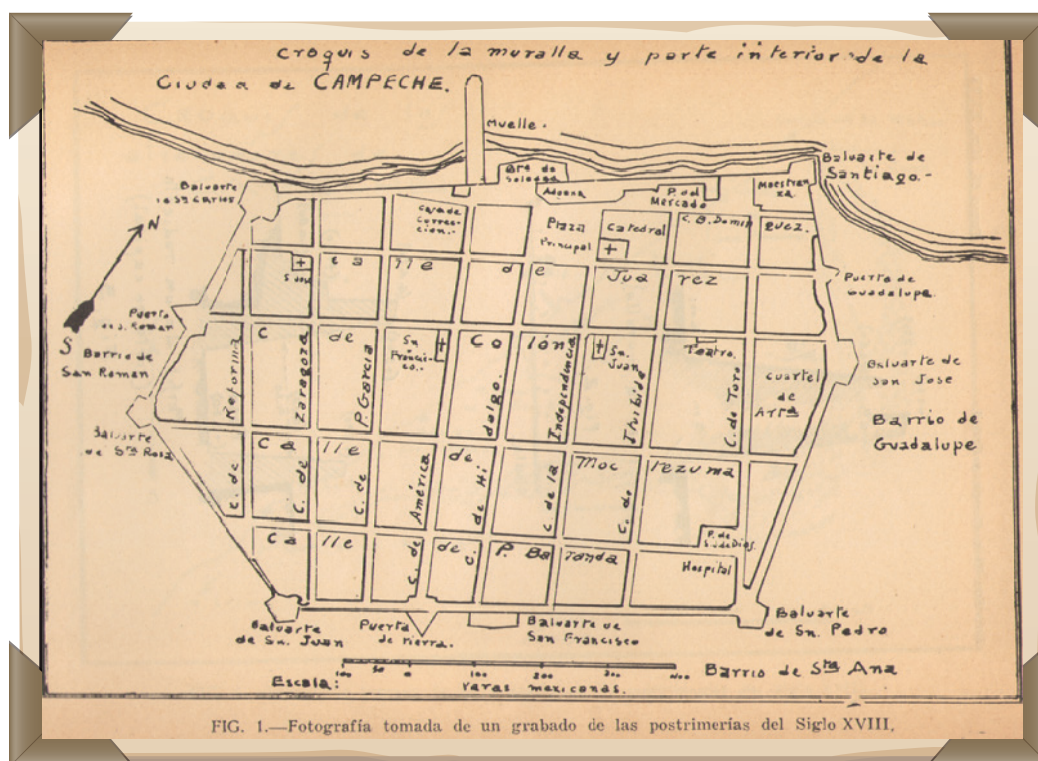
Triste destino fue el de estas grandes obras de protección, pues que habiéndose construído con el objeto de resistir a las balas extranjeras, solo fueron

atacadas por los proyectiles mexicanos, y fueron demolidos, no por los efectos destructores de la Artillería de sitio de nuestros invasores sino por el zapapico manejado por manos mexicanas, en virtud del expansionismo de las ciudades, que encerradas dentro de los estrechos recintos, ahogan, por decirlo así, a sus habitantes, dentro de sus recias murallas.

Sin embargo, aún quedan en pie los restos de estas obras, como si quisieran demostrarle al resto de la Nación, y al mundo entero que los Mexicanos SI somos capaces de fortificar nuestras fronteras y costas, dándoles un mentís, a los que nos niegan esta capacidad, pues nos creen en la imposibilidad de organizar defensivamente a nuestra querida Patria. **(ver figuras 9 a 16).**

Debieran conservarse estos despojos de pasados sufrimientos, para perpetuar la gloria de sus triunfos y las amarguras de sus derrotas.

México, D. F. mayo de 1932.



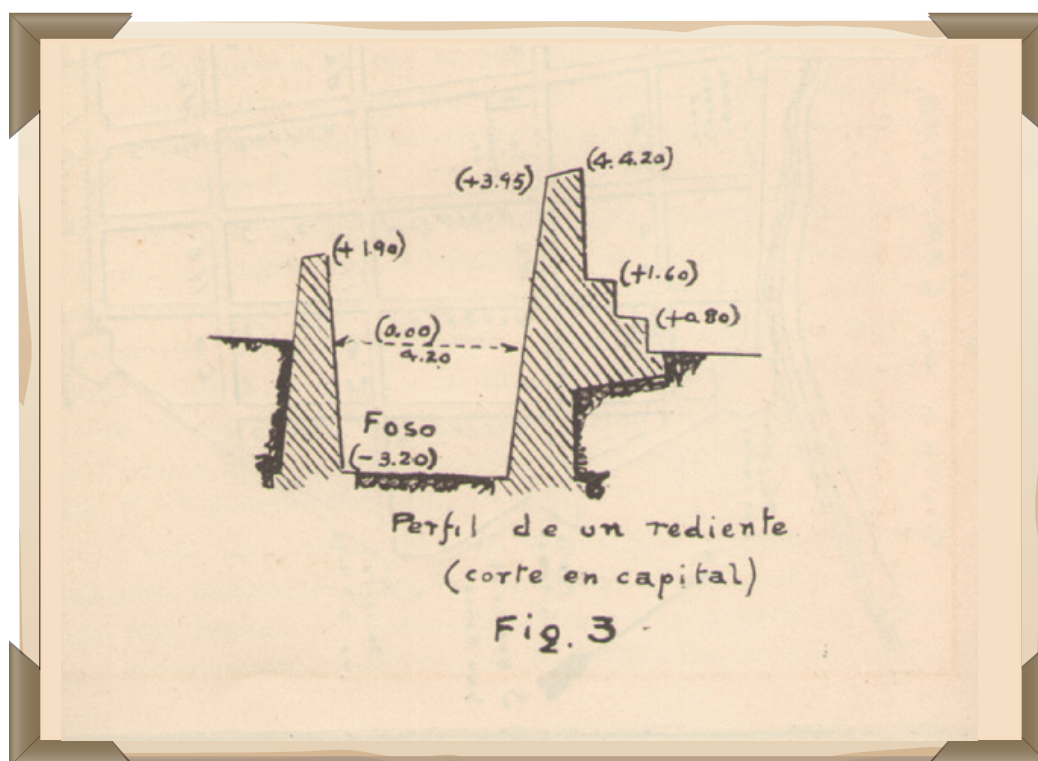


Figura 3

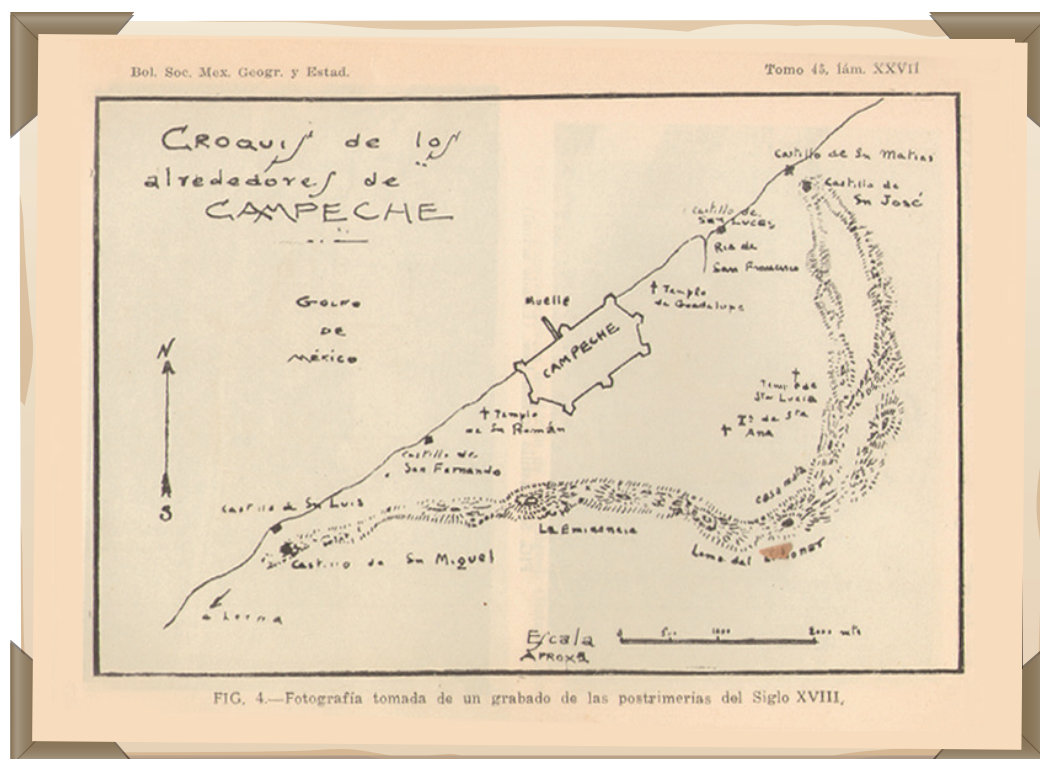


Figura 4

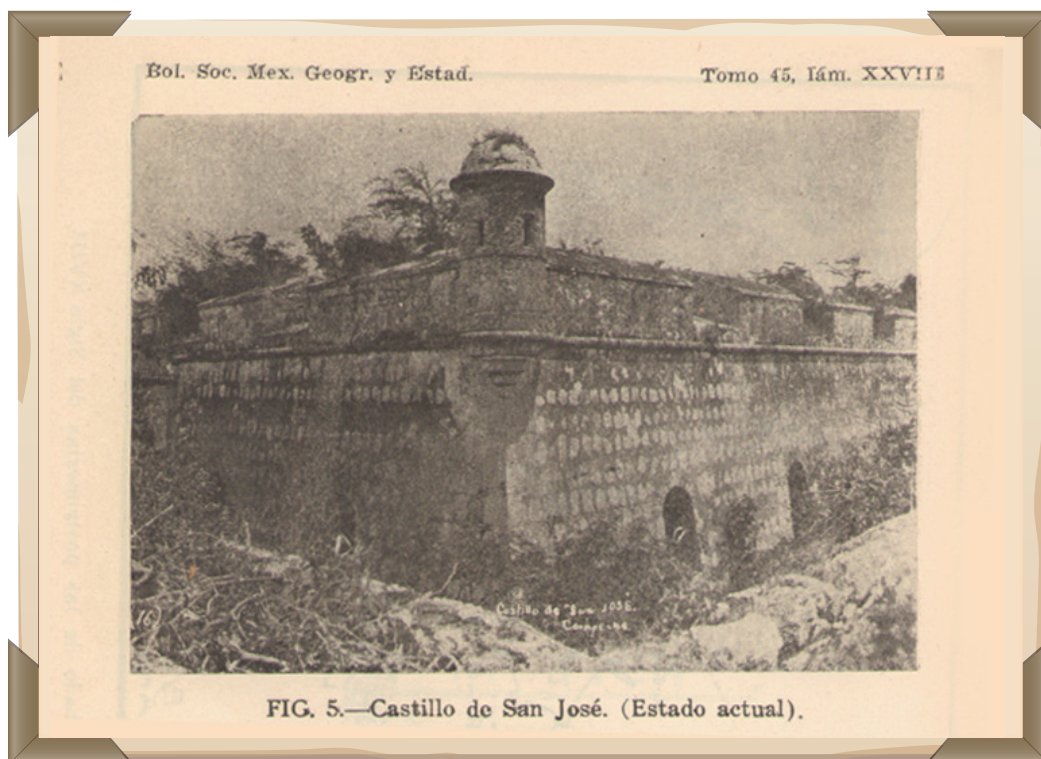


Figura 5

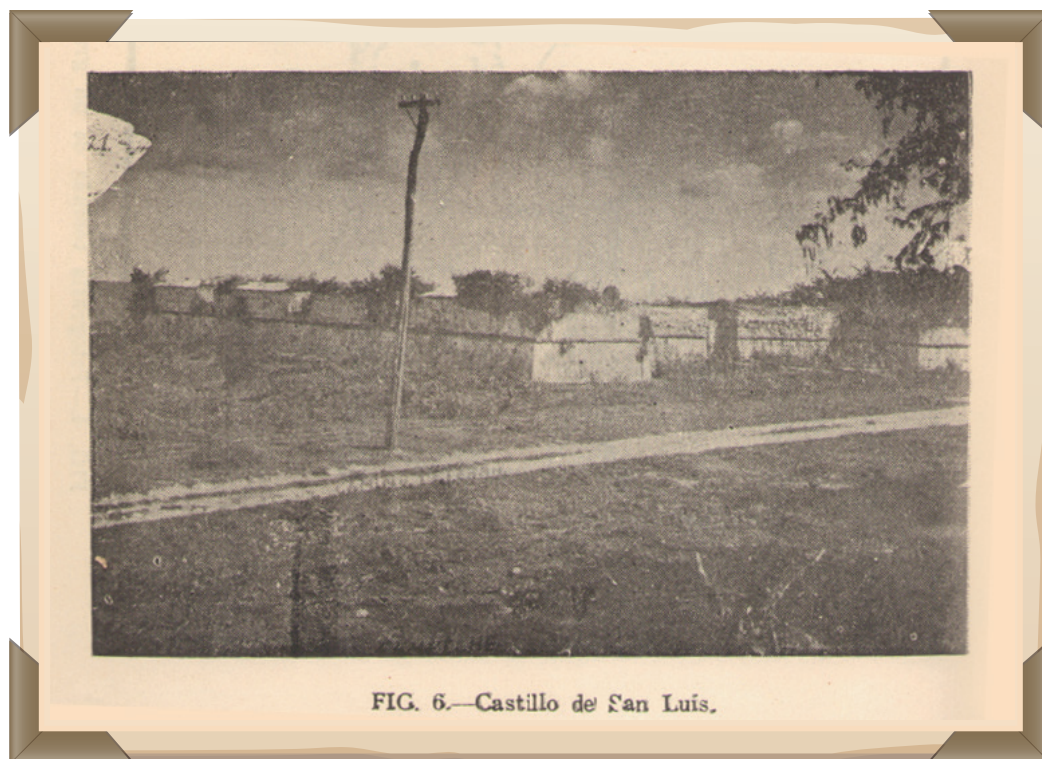


Figura 6

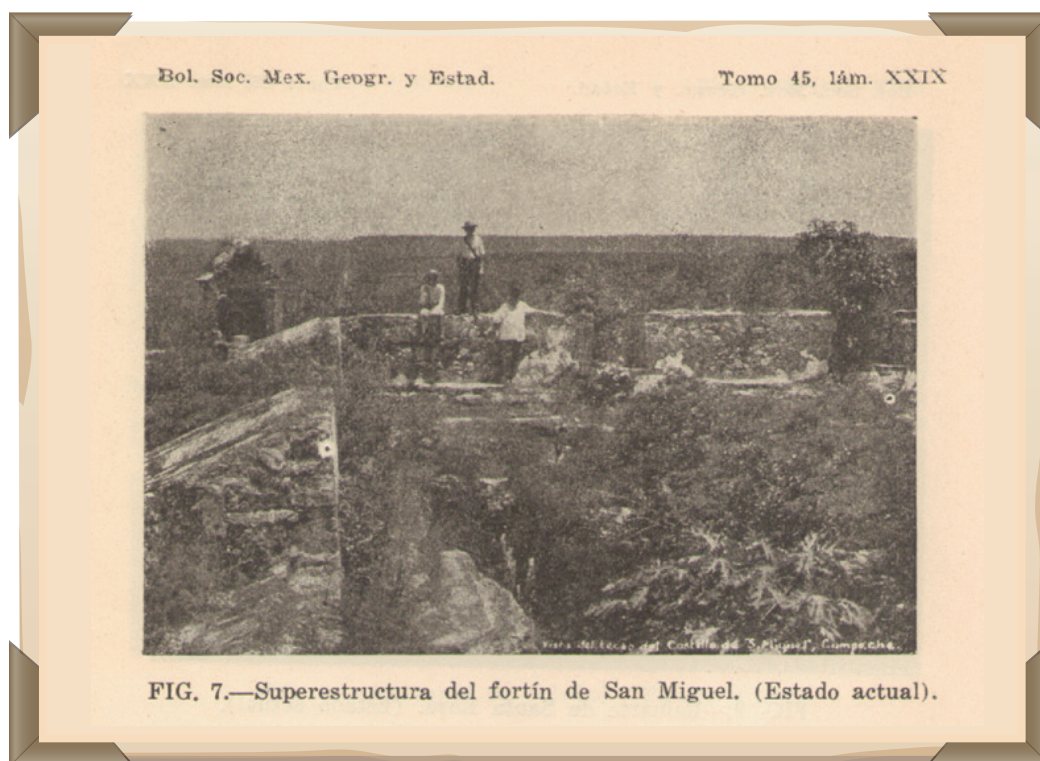


Figura 7



Figura 8

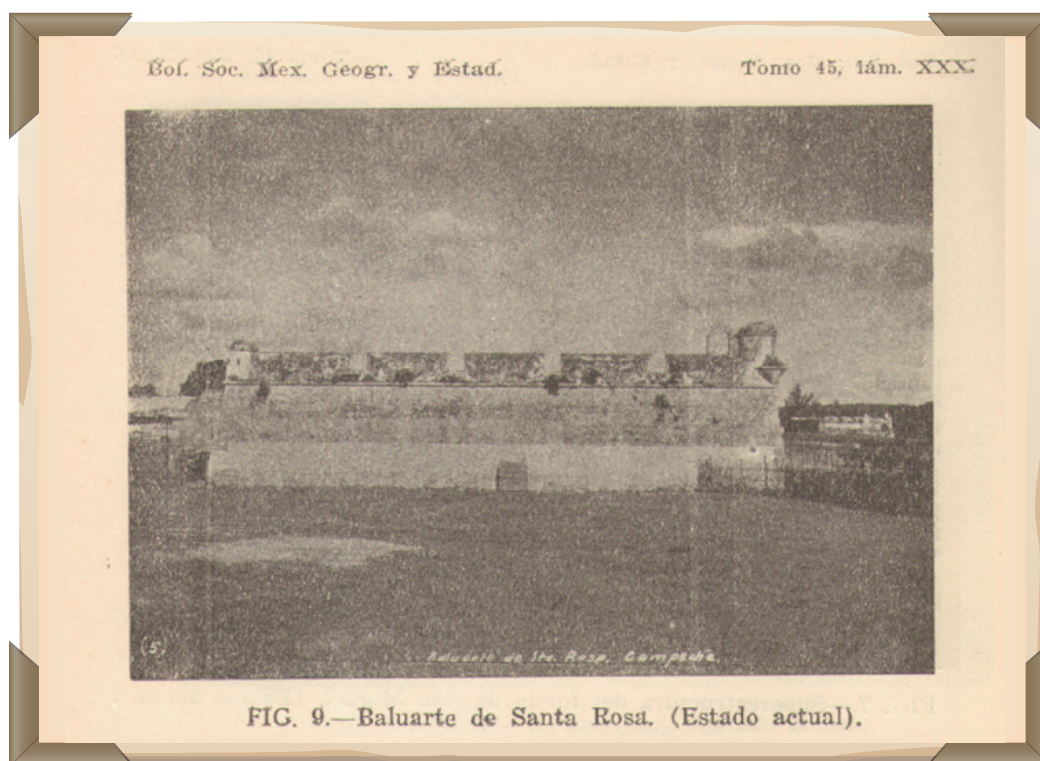


Figura 9



Figura 10

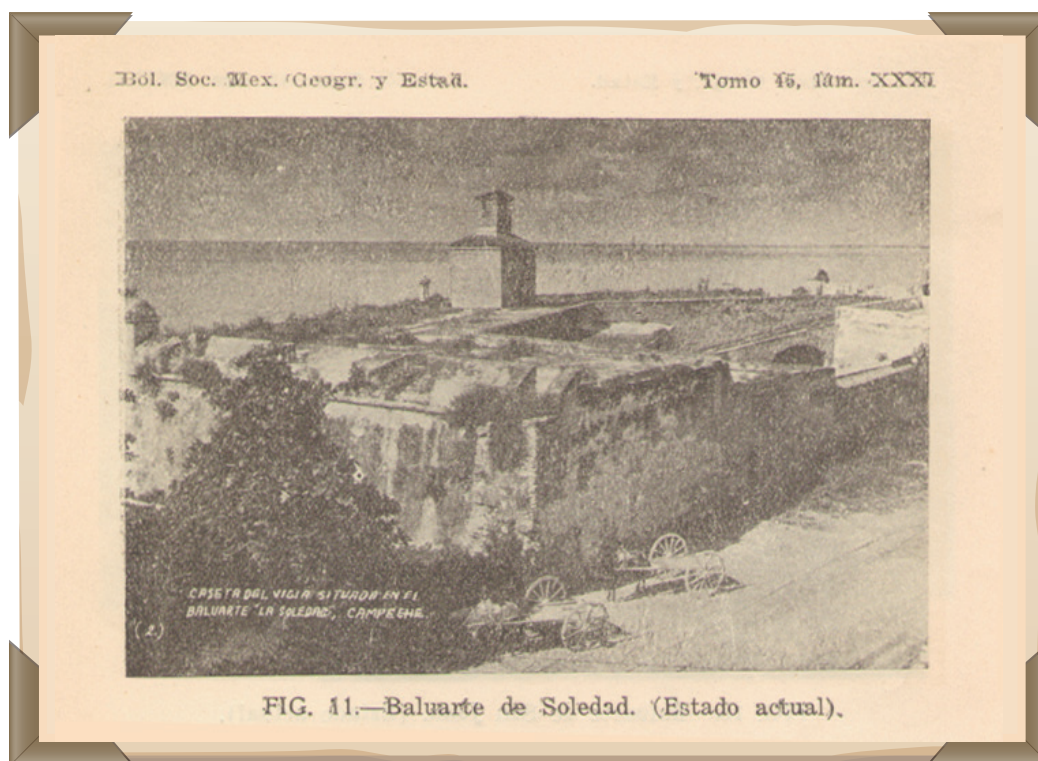


Figura 11



Figura 12

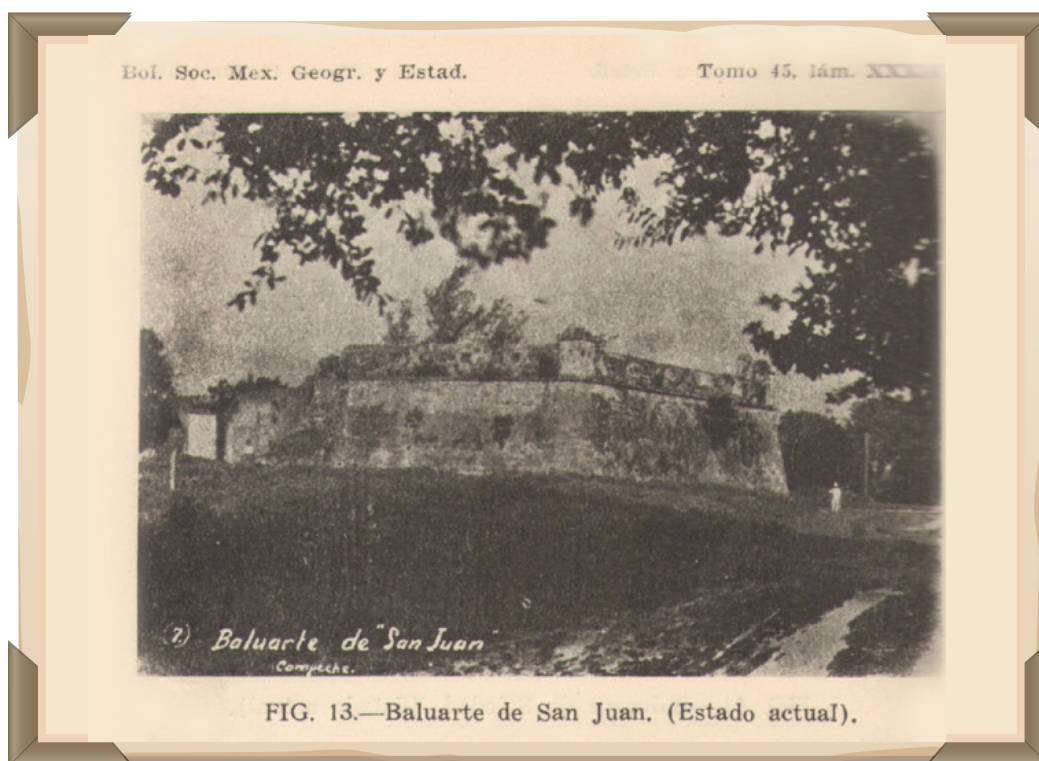


Figura 13



Figura 14

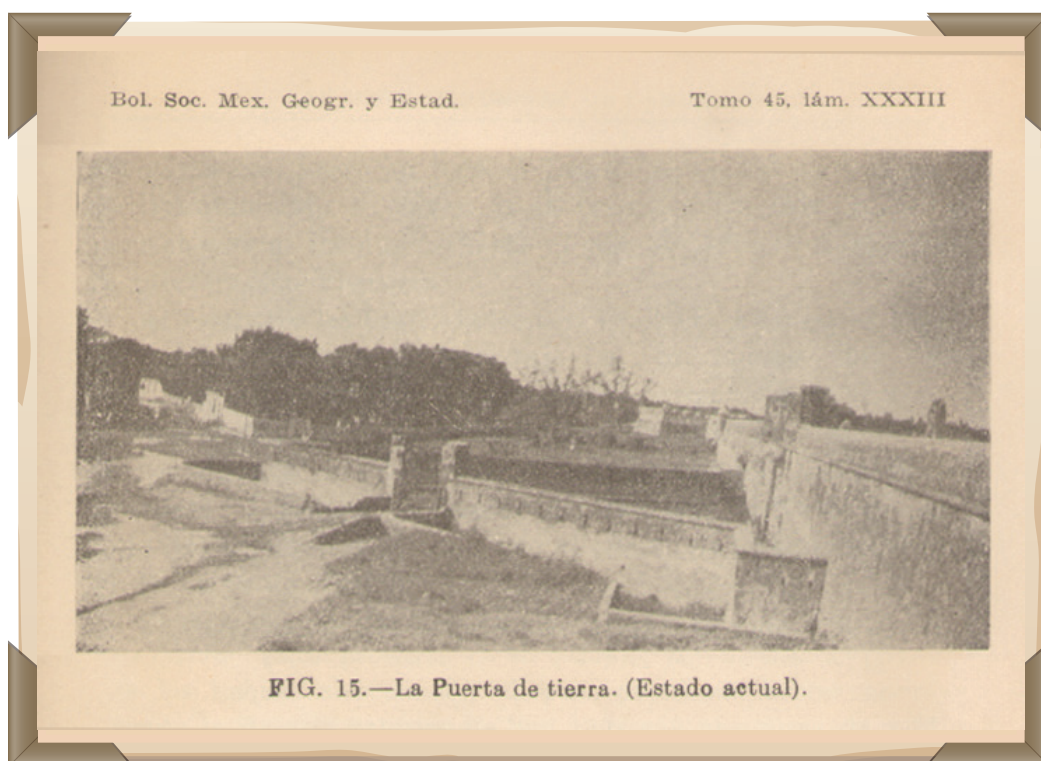


Figura 15

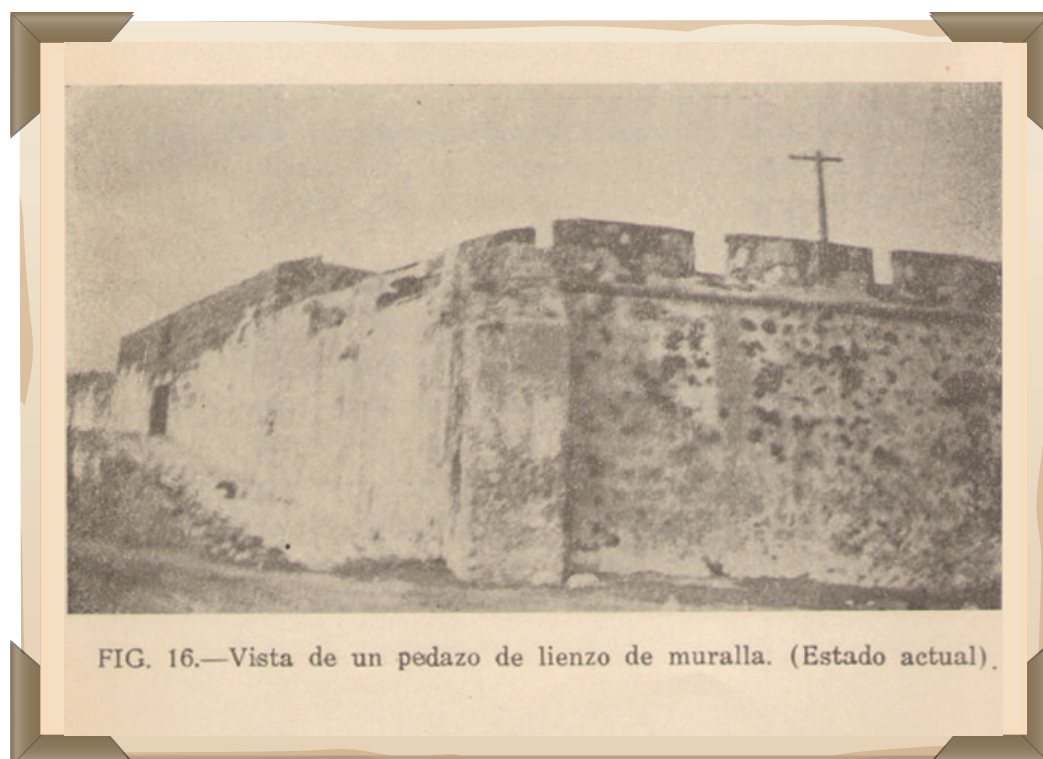


Figura 16

BIBLIOGRAFÍA

Historia de las murallas de Campeche.-L'Aisné de Villevecque.

Historia de Campeche.-M. Lanz.

Historia de Yucatán.- Ancona.

Anales de Campeche.- Álvarez

Memoria de la Erección Constitucional del Estado de Campeche.

Barbachano y Carbó.

Planos antiguos y modernos de Campeche.

Fotografías de las fortificaciones e informes del señor Doctor.

D. Manuel Mestre Ghigliazza.



V CENTENARIO
ENCUENTRO DE DOS CULTURAS
1517 • MÉXICO • CAMPECHE • ESPAÑA • 2017

